

## 1

**E**scuchad. Dejad que sea vuestro dios. Dejad que os guíe en un viaje hacia los confines de la imaginación. Dejad que os cuente una historia.

Hace mucho, mucho tiempo, en una tierra remota, vivía un emir en una hermosa ciudad, una ciudad verde llena de árboles y de exquisitas fuentes burbujeantes cuyo susurro arrullaba a los ciudadanos por las noches. Puede decirse que el emir tenía todo cuanto un hombre puede desear, a excepción de lo que más anhelaba su corazón: un hijo varón. Gozaba de riquezas, heredadas y logradas. Gozaba de buena salud y una dentadura fuerte. Gozaba de estatus, encanto, respeto. Gozaba de la adoración de su preciosa esposa y de la admiración de su pueblo. Tenía un pedicuro experto. Llevaba veinte años de matrimonio y doce hijas, pero ningún varón. ¿Qué podía hacer?

Llamó a su visir.

—Sabio visir —le dijo—. Necesito tu ayuda. Como bien sabes, mi bella esposa ha sido incapaz de darme un hijo. Tengo doce hijas, a cuál más hermosa. Su piel lechosa es tan suave como la mejor seda china. Las perlas relucientes del golfo Pérsico palidecen si las comparamos con sus ojos. El brillo de sus cabellos eclipsa los tintes negros de la tierra de Sind. Diecisiete poetas alaban las cualidades de la primogénita. Mis hijas me han proporcionado mucho placer, mucho orgullo. Y sin embargo anhelaba ver a un descendiente mío dotado de un pequeño pene corriendo por el patio: un chico que sea depositario de mi nombre y de mi honor, un futuro líder para nuestro pueblo. Estoy en una encrucijada. Mi esposa

insiste en que lo intentemos una vez más, pero no quiero que pase por eso solo para acabar dando a luz a otra niña. Dime, ¿qué puedo hacer para asegurar que nazca un chico?

Por millonésima vez el visir propuso a su señor que tomara una segunda esposa.

—Antes de que sea demasiado tarde, señor. Es evidente que vuestra esposa nunca os dará un hijo. Debemos encontrar a alguien que pueda hacerlo. Mi señor es el único hombre de estos parajes que se conforma con una única señora.

El emir había rechazado esa propuesta en un sinfín de ocasiones, y ese día no iba a ser menos. Su mirada serena se posó en el jardín.

—No puedo casarme con otra, querido visir. Amo a mi esposa con todo mi corazón. Sé que de vez en cuando puede mostrarse destemplada, arrogante sin duda, petulante e impetuosa, tonta a ratos, desagradecida hacia quienes la ayudan, e incluso maliciosa y despiadada cuando se enfada, pero a pesar de todo eso ella siempre ha sido la única mujer que existe para mí.

—En ese caso tened un hijo con una de vuestras esclavas. Fátima la egipcia podría ser una candidata excelente. Tiene buenas caderas y unos pechos incomparables. Si me permitís el comentario, es la aspirante ideal.

—Pero no siento deseo alguno de yacer con otra mujer.

—Sara ofreció una esclava egipcia a su marido para que este tuviera descendencia. Si esa fue una buena solución para el profeta, también lo será para nosotros.

Aquella noche, en su alcoba, el emir y su esposa discutieron el problema. Su esposa se mostró de acuerdo con el visir.

—Sé que deseáis un hijo —dijo ella—, pero creo que eso queda fuera de nuestras posibilidades. La situación es catastrófica. Corren rumores entre nuestros súbditos. Todos se preguntan qué sucederá cuando ascendáis a los cielos, quién dirigirá nuestras tribus. Creo que tal vez a alguien se le ocurrirá plantear esa pregunta antes de lo que imagináis.

—Los mataré —gritó el emir—. Los destruiré. ¿Quién se atreve a cuestionar la vida que he elegido?

—Calmaos y sed razonable. Podéis mantener relaciones con Fátima hasta que quede encinta. Es guapa, agradable y está disponible. Podemos tener un hijo a través de ella.

—Pues creo que no podré.

Su esposa se puso de pie con una sonrisa en los labios.

—No os preocupéis, esposo mío. Yo estaré presente y haré eso que tanto os complace. Llamaré a Fátima y le informaremos de nuestros deseos. Fijemos una cita para el miércoles por la noche, que habrá luna llena.

Cuando Fátima se enteró del plan, no vaciló.

—Siempre estaré a vuestro servicio —dijo la esclava—. Sin embargo, si el emir desea tener un hijo con su esposa existe otra forma de conseguirlo. Conozco a una mujer que vive en mi ciudad natal, Alejandría. Su nombre es Bast, y sus poderes no tienen parangón. Desciende directamente por la línea femenina de la propia Anjara, la curandera de Cleopatra y guardiana de los áspides. Si se le entrega un mechón del cabello de mi señora, sabrá por qué no ha tenido un hijo varón y os proporcionará el remedio adecuado. Nunca falla.

—¡Asombroso! —exclamó el emir—. ¡Os envía el cielo, querida Fátima! Debemos ir a buscar a esta curandera inmediatamente.

Fátima negó con la cabeza.

—Oh, no, mi señor. Una curandera nunca puede abandonar su hogar. De ahí procede su magia. Si la arrancáramos de su tierra no nos sería de utilidad alguna. Una curandera puede viajar, buscar, pero en última instancia, si desea hacer uso de todos sus poderes, no puede alejarse mucho de su casa. Yo podría viajar hasta ella con un mechón del cabello de mi señora y volver con el remedio.

—Entonces ve —dijo la esposa del emir.

Y él añadió:

—Y que Dios te guíe e ilumine tu camino.



Me sentía forastero en mi propia piel. La duda, ese topo ciego, socavaba mi columna vertebral. Apoyé la espalda en el asiento del coche, observé el barrio y sentí cómo la sangre me latía en las venas de los brazos. Oía un suave gorgoteo, pero no sabía si procedía de la fuente o de una tubería rota. Hace mucho tiempo hubo una fuente de mármol en el vestíbulo del edificio, pero ya había dejado de existir.

Era un turista en una tierra extraña. Estaba en casa.

No había mucha gente por los alrededores. Un anciano sentado con desgana en un taburete cuya superficie era de suave hilo trenzado. Su cabello blanco aparecía alborotado, casi como si hubiera apoyado las manos en una bola estática. Su figura encajaba en el entorno, uno de los escasos barrios de Beirut donde aún quedaban vestigios del desastre de la guerra.

—Ese edificio era nuestro —le dije, porque necesitaba decir algo. Con un leve movimiento de cabeza señalé la entrada, cavernosa y sin fuente, ahora totalmente descubierta. Me percaté de que no me miraba: sus ojos estaban puestos en mi coche, el sedán BMW negro de mi padre.

La calle se había convertido en un camino lodoso. El barrio quedaba alejado de las vías principales. Ya entonces el tráfico era escaso; al parecer ahora aún lo era más. Se oía el zumbido de una hormigonera. Había dos edificios en plena construcción; los viejos inmuebles se desplomaban con pocas esperanzas de resucitar.

Mi edificio parecía abandonado. Sabía que no era así —había albergado a ocupas y refugiados desde que nos marchamos, durante los primeros años de la guerra civil—, pero ahora mismo resultaba impensable que alguien viviera allí.

Escuchad. Viví aquí hace veintiséis años.

Al otro lado de la calle, frente a nuestra casa, había un inmenso jardín vallado con una verja de lanzas intrincadas. Ya no era un jardín, y desde luego la verja ya no estaba. Diseminados entre montañas de basura se veían cascotes metálicos, pilas de escombros, pedazos de baldosas. Un gigantesco rododendro blanco crecía en mitad de aquel vertedero.

Dos begonias, una blanca y otra roja, habían florecido delante de un edificio de tres pisos de nueva construcción, con un aspecto extraño: sin cráter, sin orificios de bala, sin ningún árbol creciendo en su interior. Las begonias, las gloriosas begonias, parecían estallar en cada rama: no quedaba ningún brote por abrir. Florecía la vida, pero con un color apagado. El rojo... el rojo no era el mismo. Era demasiado pálido para mi gusto. Los rojos de mi Beirut, la ciudad que yo recordaba, eran más salvajes, más primarios. Los colores eran mejores, más intensos, más vivos.

Un trabajador sirio pasó por allí: intentó esquivar los charcos de la calle y sus ojos evitaron mirarme. Estábamos en febrero de 2003, habían pasado más de doce años desde el final de la guerra civil, y sin embargo la construcción en el barrio seguía retrasada. La mayor parte de Beirut había sido reconstruida, pero esta zona aún parecía derruida y decrepita.

Había una Virgen María en un altar.

En la fachada de nuestro edificio había un caja acristalada, un altar cerrado de cemento y ladrillo, coronado con losas de mármol italiano en forma de A, un Joseph Cornell católico. En su interior se hallaba una benevolente Virgen María, un inquisitivo san Antonio, un rosario de coral, tres velas finas, pétalos de dalias y rosas, y una foto de Santa Claus clavada en un fondo de espuma blanca.

¿Cuándo había surgido ese objeto extraño? ¿Estaba allí la Virgen cuando yo era niño?

No debería haber venido aquí. Se suponía que debía recoger a Fátima antes de ir al hospital a ver a mi padre, pero sin darme cuenta me encontré de camino hacia el viejo barrio como si viajara en un camión de juguete que se mueve a merced de un niño caprichoso. Mi viaje a Beirut tenía como fin pasar el Eid al-Adha con mi familia y me sorprendió enterarme de que mi padre estaba ingresado en el hospital. Y sin embargo, en lugar de estar con ellos había acabado allí: perplejo y asombrado ante mi antiguo hogar, inmerso en el pasado.

De nuestro edificio salió una joven con unos tejanos ceñidos y un suéter blanco muy corto. Llevaba apuntes y un libro de texto. Quise preguntarle en qué piso vivían ella y su familia. Saltaba a la vista que no re-

sidían en el segundo; una higuera había crecido en él. Ese tenía que haber sido el piso de tío Halim.

El inmueble era propiedad de mi familia, mi padre y sus hermanos, que ocupaban cinco de los doce pisos. Mi tía Samía y los suyos vivían en el ático de la sexta planta. Mi padre poseía uno de los pisos de la cuarta planta y el tío Yihad el otro. Uno de los pisos de la quinta planta pertenecía al tío Wayih, y el tío Halim tenía otro en la segunda, donde ahora asomaba la higuera, supongo. El piso de la planta baja pertenecía al portero, cuyo hijo Elie se convirtió en líder de la milicia en la adolescencia y mató a unas cuantas personas durante la guerra civil.

La fuente de la fortuna familiar estaba en nuestro concesionario de coches, al-Jarrat Corporation, que se hallaba bastante cerca de casa, en la calle principal. Los libaneses no saben qué es la ironía. Nadie prestaba atención a los detalles. Nadie veía raro que un concesionario de coches y la familia que lo regentaba tuvieran un nombre que significaba «exagerado», «marrullero», «mentiroso».

La joven pasó por delante de nosotros pavoneándose con indiferencia, los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol baratas. El anciano se incorporó al verla.

—¿No crees que esos pantalones son demasiado ajustados? —preguntó él.

—Que te den, tío —replicó ella.

Él se inclinó hacia delante. Ella siguió andando.

—Ya nadie escucha —dijo él en voz baja.

No sabría decirnos cuándo fue la última vez que vi el barrio, pero recuerdo a la perfección el último día que vivimos aquí, porque se trató de una partida precipitada, tumultuosa, y porque ese día mi padre se reveló como una especie de héroe. Febrero de 1977. La guerra que llevaba un par de años disputándose había llegado por fin a nuestro barrio. Antes, durante los violentos veintiún meses previos, el garaje subterráneo del edificio había resultado ser, al igual que sus homólogos del resto de la ciudad, un refugio de lo más adecuado. Pero luego las milicias habían empezado

a asentarse demasiado cerca. La familia, aquellos que aún seguíamos allí, debía buscar refugio en las montañas.

Mi madre, que siempre llevaba la voz cantante en situaciones de emergencia, nos repartió entre cuatro coches: yo iba en el suyo, mi hermana en el de mi padre, el tío Halim y dos de sus hijas viajaban con el tío Yihad, y la esposa del tío Halim, la tía Nazek, iba en su propio coche con su tercera hija, May. En los maleteros se amontonaban los enseres de las tres casas. Nos fuimos por separado, dejando cinco minutos de intervalo entre coche y coche para no formar una comitiva que podría ser aniquilada por un misil perdido o una bomba deliberada. El punto de encuentro era una iglesia que se hallaba en la montaña, a diez minutos de Beirut.

Mi madre y yo fuimos los primeros en llegar. Aunque había conseguido inmunizarme al ruido de las bombas, cuando nos paramos mi asiento estaba empapado. A los pocos minutos, como si quisiera anunciar la llegada del tío Yihad, Beirut volvió a estallar en una cacofonía salvaje. Contemplamos la locura que se extendía a nuestros pies y aguardamos nerviosos a que llegaran los otros dos coches. Mi madre se aferraba con fuerza al volante. Mi padre fue el siguiente en llegar, y dado que se suponía que había sido el último en salir, eso significaba que a la tía Nazek le había pasado algo.

Mi padre no se apeó del coche, no nos dijo nada. Hizo bajar a mi hermana, dio media vuelta y regresó colina abajo, hacia la locura. Aterrada, con los ojos empañados, mi hermana se quedó en un rincón viendo cómo el coche de mi padre se sumergía en el fuego de Beirut. Mi madre quería seguirle, pero estaba yo en el coche.

—Baja —me gritó—. Tengo que ir tras él. Conduzco mejor.

Yo estaba demasiado asustado para moverme. Luego mi hermana se sentó a mi lado y ya fue demasiado tarde para seguirlo.

Tuvimos suerte. El coche de la tía Nazek se había estropeado al llegar a la primera pendiente. Como ciudadana cívica que era y a pesar de que no pasaba nadie más por la carretera, ella había aparcado el coche en la cuneta. Mi padre no la había visto al pasar. Las encontró; mi prima May

subió de un salto a su coche, pero ambos tuvieron que esperar a que la tía Nazek recordara dónde había guardado todos sus objetos de valor. Nos las devolvió sanas y salvas, pero en el camino de regreso una bomba cayó a unos cincuenta metros del coche: un trozo de metralla saltó hacia el parabrisas y se incrustó en él. Nadie resultó herido, aunque tanto la tía Nazek como May estuvieron sin habla durante un rato, pues se les había secado la garganta de tanto gritar.

Mi prima May dijo que mi padre también había gritado cuando la metralla chocó contra el parabrisas, que emitió un agudo de tenor. Pero tanto mi padre como la tía Nazek lo negaron.

—Ha sido un héroe —decía mi tía—. Un héroe de verdad.

—No fue heroísmo —decía mi padre—, sino más bien un acto de cobardía. Si no hubiera vuelto a buscar a su mujer, nunca podría haber mirado a mi hermano a la cara.

Habían pasado veintiséis años desde aquel día.

Fátima esperaba a las puertas del edificio, que estaba recubierto de pies a cabeza de mármol negro, una de las nuevas fachadas que han surgido en el Beirut moderno. Como si quisiera compensar a sus ciudadanos por los pocos barrios que no habían sido mejorados desde la guerra, Beirut se había revestido de negro. En cada esquina de la ciudad se alzaban solemnes rascacielos, *nouveau riche* y *bétonné*.

—Lamento el retraso —dije, sonriendo. Solía ser capaz de predecir su reacción, ya que era una antigua amiga y confidente. Me iba a llevar una reprimenda dijera lo que dijese.

—Baja del puto coche. —Ella no se dirigió al asiento del copiloto, sino que permaneció con los brazos en jarras. Su bolso verde azulado le colgaba de la muñeca hasta casi las rodillas. Iba vestida para llamar la atención: todo en ella brillaba, y el anillo de su mano izquierda atraía las miradas a distancia: una esmeralda madre de forma hexagonal rodeada de sus seis retoños—. ¿Hace cuatro meses que no me ves y me saludas así?

Bajé del coche y ella me abrazó, inundándome con su perfume y con sus besos.

—Mucho mejor —añadió—. Ahora, vamos.

En la primera señal de tráfico ella bajó el espejito de la visera y se examinó la cara.

—Tienes que ayudarme con Lina. —Sus palabras sonaban raras, su boca distorsionada por los intentos de repasar la línea de los labios—. Se pasa las noches en la butaca de la habitación del hospital. Como de costumbre tu hermana no atiende a razones. Quiero relevarla, pero no me deja.

No contesté. Dudaba que ella esperara respuesta. Ambos comprendíamos que mi padre nunca dejaría que le cuidara otra persona aparte de mi hermana y que le aterraba la idea de pasar una noche solo. Tenía pesadillas en las que moría solo y abandonado en una habitación de hospital.

—Cuando lleguemos —prosiguió—, besa a todo el mundo y vete directo a su habitación. No creo que haya mucha gente, pero no dejes que el resto de la familia te demore. Ya me ocuparé yo de las visitas en tu lugar. Se ofenderá si no entras enseguida a verle.

—No hace falta que me lo digas, querida —le dije—. Es mi padre, no el tuyo.



Fátima salió de la ciudad verde en una pequeña caravana, seguida de una comitiva formada por cinco de los soldados más valientes del emir y por Yawad, uno de los mozos de los establos. Entendía que Yawad era necesario —alguien tendría que cuidar de los caballos y los camellos—, pero se preguntaba para qué iban a servirle los soldados.

—¿No crees que necesitamos protección? —preguntó Yawad al iniciar el viaje.

—No —dijo ella—. Puedo enfrentarme sola con unos cuantos bandoleros, y si nos atacara una banda numerosa, cinco hombres tampoco servirán de mucho. Al contrario, su presencia puede atraer la atención de las bandas de maleantes. —Palpó los cincuenta dinares del emir que

se había guardado en el busto—. Tú y yo solos pasaríamos mucho más desapercibidos. Pero bueno, ahora ya no hay nada que hacer. Estamos en manos de Dios.

Y tal y como había predicho Fátima, la cuarta tarde, cuando se hallaban en mitad del desierto del Sinaí, antes de que el sol se hubiera puesto por completo, el grupo fue asaltado. Veinte beduinos mataron a los soldados. Como encontraron pocas cosas de valor entre sus pertenencias, los captores decidieron repartir el botín humano de manera equitativa: diez tendrían a Fátima, y diez podrían abusar de Yawad.

Fátima se rió.

—¿Qué sois: hombres o niños? —Dio un paso adelante, dejando atrás a un Yawad visiblemente azorado—. ¿Tenéis la oportunidad de recibir placer de mí y os conformáis con este mozalbete?

—Calla, mujer —ordenó el jefe—. El reparto debe ser equitativo. No podemos arriesgarnos a que se produzcan luchas entre nosotros. Da las gracias. Si tuvieras que tratar con los veinte no podrías resistirlo.

Fátima se rió y se volvió hacia Yawad.

—Estas ratas del desierto no me conocen. —Se quitó el turbante y una abundante cabellera negra enmarcó su cara—. Estos niños de las tierras yermas no se han enterado de mis hazañas. —Desprendió la diadema de monedas de oro que le rodeaba la frente—. Creen que veinte críos serían demasiados para mí. —Se despojó del *abayeh* y, exhibiendo su voluptuosa silueta, se plantó delante de los beduinos con su vestido de seda azul y oro—. Cuidado —dijo—. Soy Fátima, encantadora de hombres, hechicera de los cielos. Mirad cómo la luna llama a sus nubes; mirad cómo se oculta tras su cortina; ved cómo se esconde avergonzada, pues no se atreve a mostrarse cuando descubro mi cara. ¿Acaso creéis que unos simples peones vais a agotarme a mí, a Fátima? —Levantó las manos hacia la luna evanescente—. ¿Pensáis que siendo solo veinte podréis satisfacer a Fátima, la domadora de Afreet-Yehanam? —Miró a los hombres—. Temblad.

—¿Afreet-Yehanam? —gritó el cabecilla—. ¿Conquistaste al poderoso yinni?

—Afreet-Yehanam es mi amante. No es más que mi juguete. Hace lo que le ordeno.

—La quiero a ella. Me niego a conformarme con el chico. Tenemos que redistribuir el botín. El reparto no es bueno.

—No —replicó el cabecilla—. No podemos permitir que todos consigan lo que quieren. Los árabes no hacemos las cosas así. Ya se ha tomado una decisión.

—También yo quiero a la mujer —exclamó otro hombre—. No puedes quedártela para ti y darnos a este crío desamparado.

Hubo una discusión. Todos querían a Fátima, a excepción de un hombre, Jayal, que seguía diciendo que prefería al chico a cualquiera que quisiera escucharle. Pero nadie le hacía caso. Los nueve hombres a quienes les habían asignado a Yawad pero querían a Fátima se pusieron lívidos. Con reglas o sin ellas, los habían engañado. No tenían ni idea de que Fátima poseyera tanto talento. Los habían timado y reclamaban la parte que les correspondía. Cualquiera idiota podía ver que el reparto de bienes no se había realizado de forma equitativa. Se trazaron líneas de batalla, los hombres desenvainaron las espadas. En poco tiempo los diez mataron a los nueve.

—Creo que el chico es encantador —dijo Jayal.

Veinte ojos lujuriosos contemplaron a Fátima.

—Vale, vale, chicos —dijo ella con coquetería—. ¿Era necesario todo esto?

—Ha llegado la hora, Sitt Fátima —dijo el cabecilla—. Estamos listos.

—Vosotros sí, pero yo no. Debo decidir quién será el primero. El primer amante es muy importante. Marcará la pauta de lo que me espera. ¿Debería ir con el que tiene el pene más grande? Eso me gusta, pero a veces el poseedor del pene más grande es también el peor amante y eso me obligaría a esforzarme más. Y debería ser una diversión, no un trabajo. ¿Quién de vosotros tiene el pene más pequeño? Un hombre poco dotado se mostrará más ansioso por complacerme, pero por otro lado, por mucho que se empalme, no resulta tan satisfactorio. La elección del pri-

mer amante no es asunto baladí. Hay que tener en cuenta muchas cosas.

El cabecilla parecía a punto de echar humo.

—No hay nada que tener en cuenta. Yo voy primero. Soy el mejor amante, y el resto puede ir turnándose cuando yo esté saciado.

—No eres el mejor amante —replicó otro bandolero—. Si lo fueras, tu esposa no saldría de casa a altas horas de la noche.

Esas fueron las últimas palabras que pronunció el hombre. El cabecilla desenvainó la espada y le cortó la cabeza.

—No deberías haberlo matado —gritó otro—. No es justo que seas el primero. Deberíamos dejar que decidiera Sitt Fátima. Ella es la experta, no tú. Ella debería decidir el orden. Puesto que soy quien tiene el pene más grande, creo que debería empezar por mí.

—El tuyo no es el más grande —arguyó otro—. Es el mío. Mira, Sitt Fátima. El mío es el más grande —dijo, levantándose la túnica—, y te prometo que no soy un mal amante. Elígeme.

—Quita esa cosita de mi vista —ordenó el cabecilla—. Yo mando aquí, y seré el primero.

—Lo que cuenta es el grosor, no la longitud.

—A mí dejadme al chico. Yo solo quiero al chico.

—Tu miembro no es más grande que un dedal.

—Ya puedes ir retirando eso. Admite que el mío es más grande que el tuyo o prepárate a morir.

Y los hombres emprendieron una lucha a muerte. Al final solo quedaban dos hombres en pie: el cabecilla y el que prefería al chico, que se había mantenido al margen de la reyerta.

—El mejor de entre los hombres la espera, señora. —El cabecilla zureaba como una paloma—. Empecemos.

—Empecemos —dijo ella—. Desnúdate y enséñame mi premio.

—Ven conmigo —dijo él, en cuanto estuvo desnudo—. Mira. De verdad que tengo el pene más grande.

—No —dijo Fátima—. El mío es más grande.

Y de debajo del vestido sacó un cuchillo con el que le cortó el pene y lo degolló.

—Recógelo todo y vuelve a guardarlo en la caravana —ordenó Fátima a Yawad—. Aún nos queda un trecho por recorrer hasta que se haga de noche. Coge los caballos de estos hombres muertos. Yo registraré sus cosas. Saldremos de este bosque árido más ricos de lo que llegamos.

—¿Y qué hacemos con este hombre? —Yawad señaló a su admirador.

—Con su permiso, me gustaría invitar al chico a mi tienda —dijo Jayal.

—El chico no es ni un cautivo ni un esclavo —dijo Fátima—. Dado que posee voluntad propia, deberás convencerle, persuadirle de que te acompañe a tu tienda. Disponemos de siete noches antes de llegar a Alejandría, mi ciudad natal. Tienes, por tanto, siete noches para seducirle. Puedes empezar mañana.

Fátima miró al cielo y a sus estrellas, y dio las gracias a la luna por su ayuda. Y Fátima, Yawad y Jayal partieron con sus numerosos caballos, camellos y mulas, al amparo de la noche.

—Ah, el aroma de sal y arena —comentó Fátima a sus compañeros—. No hay elixir igual en esta bendita tierra.

A lo largo del día nuestros tres viajeros habían llegado a las orillas del Mediterráneo, bañadas por lenguas azules. Aquella noche acamparon en la playa. Pese al descontento de Jayal, después de abreviar, alimentar y limpiar a los animales, Yawad montó su propia tienda. Tras una cena consistente en pan, carne seca y dátiles, Fátima se sirvió una copa de vino.

—¿Empezamos?

—¿Empezar? —se preguntó Jayal—. ¿Os referís a mi seducción? ¿Acaso debo realizarla en público? Preferiría hablar con Yawad a solas. —Inclinó la cabeza—. Soy, sobre todo, un hombre discreto. —Levantó la cabeza y posó la mirada en Yawad, que estaba sentado al lado de Fátima—. Estoy seguro de que apreciarás mi discreción.

Yawad se encogió de hombros.

—La discreción resulta aburrida —dijo Fátima.

—Mi señora —dijo Jayal—, nuestro acuerdo fijaba siete noches para seducir al muchacho, no que dicha seducción se llevara a cabo en público. Eso sería injusto y humillante.

—El amor es injusto y humillante.

Yawad asintió.

—No sé mucho del amor, pero sé que es humillante.

—Debo protestar —dijo Jayal—. El Profeta, que Dios lo bendiga, dijo: «Aquel que se enamora y oculta su pasión es un hombre de provecho».

—Ser aburrido resulta poco atractivo en sí mismo —replicó nuestra heroína—. Ser aburrido y además mentiroso convierte a un hombre en repelente amén de deshonorado. ¿Usas las palabras del Profeta para mentir? Bien podrías quitarte el turbante y afeitarte la barba. El Profeta, que la paz esté con él, dijo: «Aquel que se enamora, oculta su pasión y es casto, muere como un mártir». Si deseas ser un mártir podemos arreglarlo fácilmente, pero me parece que ya es un poco tarde para que ocultes tu pasión.

—Y no creo que su objetivo sea precisamente la castidad —añadió Yawad.

—Las noches del desierto son largas y aburridas —dijo Fátima—. Distráenos o lárgate. Si deseas poseer a este chico, deberás convencerlo.

—Convénceme.

—Conmuévelo.

—Conmuéveme.

—Esperad. —Jayal se puso de pie. La luz del fuego dibujaba sombríos destellos en su larga túnica blanca. Era un hombre ancho de espaldas, con perfil de halcón y gruesas y espesas cejas—. Haré lo que me pedís si no queda más remedio, pero permitidme que intente por última vez convenceros de que la discreción es lo más aconsejable en los lances del corazón. Puedo contaros la historia de Bader, el hijo de Fateh.

—No estoy segura de desear que alguien me convenza. ¿Y tú, querido Yawad?

—Bueno, me gustan las historias.

—Ahí lo tienes. Al chico le gustan las historias. Cuéntanos la historia de Bader.

—Hubo una vez un cordobés de una importante familia que respondía al nombre de Bader ben Fateh. Era un hombre de fe, serio, y un anfitrión amable, educado, un ejemplo de buenas maneras. Me dirigía a Játiva cuando oí hablar de sus hazañas. Al parecer había perdido toda su dignidad al enamorarse de un músico llamado Muktadda. Yo conocía a ese chico y puedo afirmar que no merecía el amor de Bader; no merecía ni el amor de uno de sus esclavos. Bader se gastó una fortuna en este zoquete descastado: le abrió las puertas de su casa y las cerró a sus otros invitados, agasajando al chico con los vinos más caros. Oí que nuestro hombre se había quitado el *keffiyeh*, desliado el turbante, mostrado su rostro, subido sus mangas.

»Perdió todo sentido del decoro. Cayó víctima de esa bestia voraz, el deseo. Se convirtió en blanco de rumores: su historia se contaba en los harenes y se comentaba en los palacios. Su reputación pasó a ser objeto de chanza. Perdió el estatus, el honor, el respeto.

»El joven músico nunca deseó que sus indiscreciones se hicieran públicas, y la pérdida de estatus social de Bader le restó valor como pareja. El objeto de su pasión huyó de Bader y se negó a volver a verlo.

»Si Bader hubiera valorado la discreción, hubiera ocultado el secreto en los pliegues de su corazón, hubiera sofocado sus deseos, no lo habría perdido todo. Habría conservado la túnica del bienestar, y el atavío de la respetabilidad no se habría roído. Hubiera podido conservar tanto su honor como a su amante de haber optado por unos modos más circunspectos. Permitidme, pues, un enfoque más decoroso.

—El decoro sabe a poco —dijo Fátima.

—Igual que esta historia —dijo Yawad.

—Cierto. Los cuentos didácticos deberían reservarse para niños y piadosos.

—Compadezco a los pobres niños que deban escuchar cuentos así.

—¿Te sientes seducido, mi querido Yawad?

—Me siento adormilado.

—Ah, al menos nos ha ayudado a pasar la noche. Rezo para que mañana disfrutemos de un mejor ejemplo de seducción. Buenas noches a todos.



La cara de mi padre contradecía sus palabras. Se le veía pálido, demacrado y viejo... muy viejo. Y delgado. La alianza de boda le bailaba en el dedo como si fuera la anilla de una cortina de ducha. Se había pasado una hora repitiéndonos a Lina y a mí lo bien que se sentía. Se alegraba mucho de que yo hubiera viajado hasta allí para pasar con él el Eid al-Adha, pero insistía en que debíamos celebrarlo en casa. Ya no estaba enfermo. Tenía mejor voz. Se movía con más facilidad. Se reía más. Quería volver a casa.

La luz que alumbraba la habitación era inquietante, levemente asquerosa. Asépticas paredes blancas. Luces de fluorescente. Estábamos a media mañana, pero la cortina amarillenta proyectaba un brillo verde grisáceo. Lina salía al balcón cuando quería fumar, aunque siempre se aseguraba de correr la cortina para que mi padre no la viera y le pidiera un cigarrillo.

—Me encuentro mucho mejor —anunció mi padre—. Me siento fantástico.

Descorrí la cortina para disfrutar de un poco de luz de verdad y abrí la puerta corredera a fin de que entrara un poco de aire. Hacía un tiempo perfecto: dos nubes manchaban la pátina azul celeste, una primavera temprana en febrero. Durante un momento permanecí de espaldas a la habitación, disfrutando de la caricia de la débil brisa en la cara. Por un instante me planteé la posibilidad de volver a la sala de espera a relevar a Fátima y a Salwa, la hija de mi hermana, que estaban atendiendo a las visitas.

—Crees que no sé lo que me digo —prosiguió mi padre—, pero me siento mejor, y no quiero pasar otra noche en este rincón olvidado.

Los chinos dicen que una enfermedad prolongada te convierte en

médico. Mi madre solía decir que una enfermedad prolongada te convierte en un cascarrabias. Mi madre era más lista. Me volví y miré hacia la mesita de noche, me aseguré de que su foto enmarcada, tamaño pasaporte, seguía allí, cerca de la cajita de plata que según mi padre le traía buena suerte.

—Esperemos a ver qué dice Chapuzas. —Lina miraba a mi padre con dulzura. Cuando era más joven, mi hermana se parecía a mi madre, pero a medida que fue madurando los rasgos más suaves de mi padre se fueron apoderando de su cara. Lina se aovilló en la butaca y apoyó la espalda, como si imitara una escultura de Henry Moore. Hundió los talones en el revestimiento de plástico de la silla.

—Habla con él, cariño —masculló mi padre. Se aferró a la baranda de la cama y se tumbó de lado para tenerla delante. Se rascó la pequeña protuberancia del pecho donde se hallaban el marcapasos y el desfibrilador. Volví a girarme y contemplé el cielo.

Mi padre podía permitirse la mejor atención médica del mundo. Lina le había llevado al Johns Hopkins, a la Clínica Cleveland, a París, a Londres. Y sin embargo él siempre volvía al mediocre Chapuzas. No se hacía ilusiones a este respecto. Fue mi padre quien le dio el apodo de Chapuzas debido a su eficacia como médico. Pero era el hermano de la tía Nazek, el hermano de la esposa del hermano de mi padre, y eso para mi padre tenía más valor que las credenciales o los avales prestigiosos. En los últimos años se había negado a desplazarse en busca de atención experta y solo se dejaba visitar por su médico de cabecera.

Oí que mi voz decía:

—Y el doctor dijo al pobre padre: «El único modo de sanar a vuestro hijo es arrancarle el corazón».

Sus voces corearon la mía.

—«Porque el malvado yinni ha hecho de él su hogar.»

Mi padre se rió.

—No me hagas esto. —Se llevó la mano al corazón, fingiendo dolor—. A mi malvado yinni no le gusta que le hagan reír.

—¡Sigues siendo un bicho raro! —comentó mi hermana—. ¿Cómo

te ha dado por pensar en eso? ¿Cuánto hace que oíste esos versos? ¿Treinta años?

—Más de treinta —dijo mi padre—. Vuestro abuelo murió hace treinta años, y por entonces ya no contaba sus cuentos. Debe de hacer treinta y cinco, tal vez treinta y siete años. —Su respiración se hizo ruidosa—. Dios, Osama, no eras más que un crío.

Lo cierto es que mi abuelo siguió contándome cuentos hasta el día de su muerte. Al fin y al cabo era un contador de historias, en espíritu y profesión. Mi padre intentó muchas veces impedir que siguiera llenándome la cabeza de historias apasionantes pero nunca lo logró.

—¿Qué miras? —me preguntó Lina—. Date la vuelta y haznos caso.

—Mira —dije—. Mira esto. Ha llegado marzo.

El cielo era de un perfecto color aguamarina. Como en la mayoría de ciudades mediterráneas, el final del invierno en Beirut puede traer cielos nublados y tempestuosos, o cielos nítidos impregnados del aroma de la colada tendida al sol.

—Aún estamos en febrero, bobo —dijo Lina—. Esto es pasajero. Las tormentas volverán.

—Una interrupción gloriosa.

Se me acercó.

—Tienes razón. Es magnífico. —Me rodeó con los brazos y noté su peso sobre los hombros.

—Quiero verlo —gimoteó mi padre desde la cama—. Ayudadme a levantarme. Quiero verlo.

Nos dirigimos a la cama, le ayudamos a que se incorporara, a que se volviera y a que se pusiera en pie. Se apoyó en mi hermana, la más alta de los tres. Yo arrastré el dispositivo intravenoso de bolsas flácidas mientras él daba los ocho pasos que le separaban del balcón. Las nalgas parecían moverse y descolgarse un poco más con cada paso. Ya en el balcón, los tres nos alineamos para admirar la falsa primavera y el sol que bañaba el interminable amasijo de tejados.

Mi padre dormitaba en la cama de hospital. Fuera, Lina inhalaba el humo como si cada calada del cigarrillo fuera la última. Fumaba con tanta avidez que el extremo del cigarrillo quedó reducido enseguida a una diminuta ascua roja. Se apoyó en la baranda del balcón y posó la vista en el cielo. Yo miré hacia abajo. En la tercera planta del hospital, donde se hallaban los enfermos menos graves, dos mujeres hablaban en susurros en el balcón, como si fueran dos palomas zureando. Al otro lado de la calle, a lo lejos, se alzaba una casa que mostraba graves señales de envejecimiento. Desde mi perspectiva las persianas parecían podridas.

—Se está muriendo —dijo ella con voz inexpressiva.

Una densa masa de arbustos cubría el jardín de la casa. Había altas matas de cardos silvestres y en algunos se apuntaba el brote de una flor amarilla.

—Todos nos estamos muriendo —dije—. Es solo cuestión de tiempo.

—No me vengas con clichés americanos, por favor. Ahora no estoy de humor. —Negó con la cabeza y por un instante el cabello negro le ocultó la cara—. Se muere. ¿Me has oído?

—Te he oído. —Justo en ese momento un coche hizo sonar el claxon: fue un bocinazo sostenido y persistente. Mi hermana se apresuró a comprobar que la puerta corredera estuviera bien cerrada—. ¿Qué te hace pensar que esta vez será distinto? —pregunté—. Lleva mucho tiempo muriéndose. Siempre sale adelante.

—No se recuperará. Cada vez le cuesta más.

—Lo sé. Pero ¿por qué ahora?

Respiró hondo mientras me miraba a los ojos. Vi cómo su pecho se hinchaba y deshinchaba. Mi hermana era mucho más alta que yo. En altura había salido a mi madre, aunque Lina era aún más alta, más grande. Boucher instruyó a su discípulo Fragonard para que pintara a las mujeres como si no tuvieran huesos. Fragonard podría haber pintado a Lina. Era la antítesis de la línea y del ángulo recto. Grácil, como mi madre.

Por mi parte, yo heredé de mi madre los dientes en lugar de la altura. Ambos teníamos los dos dientes frontales torcidos. Ella nunca se los arregló, porque acentuaban su belleza: el defecto le confería un aire más accesible, más humano, más de Helena que de Afrodita. Y tampoco me arregló los míos, convencida de que en mi caso sucedería lo mismo. Pues no. Claro que, a diferencia de ella, ese no era mi único defecto.

—Chapuzas le da tres meses como mucho —dijo Lina.

—Chapuzas dijo lo mismo hace cuatro años.

—Tendrías que estar a su lado para advertir la diferencia. Esta vez no sobrevivirá, y él lo sabe. —Suspiró y arrojó la colilla por el balcón—. No sé qué hacer.

La casona vieja del otro lado de la calle posiblemente no estuviera abandonada. Junto a la puerta se apilaba una montaña de sillas de plástico. Un cable eléctrico aislado, largo y lacio, robaba energía de los principales cables de la ciudad. Una paloma se apoyó en el cable, que osciló y pareció a punto de partirse. No habían pasado más de dos segundos cuando la paloma emprendió el vuelo.



—¿Empezamos? —preguntó Fátima la segunda noche. Bebió un sorbo de vino. Satisfechos, con el estómago lleno, los tres viajeros estaban sentados en torno a la pequeña hoguera.

—Sí —contestó Jayal—. ¿Tal vez a mi amado le apetezca una copa de vino que le ayude a suavizar los ásperos perfiles de la noche?

Fátima enarcó las cejas; con la mirada preguntó a Yawad si estaba interesado en aceptar. Este asintió.

—Una única copa por esta noche —dijo ella—. Hasta que te acostumbres.

Y Jayal levantó su copa.

—Para que mi amado se acostumbre a mucho. —Apuró el vino, chasqueó los labios e hizo una pausa para crear un efecto dramático. Luego, con voz potente, empezó a recitar:

*Una mujer me regañó una vez  
 por el amor que yo sentía  
 hacia un chico que resopla y se pavonea  
 como un joven toro bravo.  
 Pero ¿por qué iba yo a surcar el mar  
 cuando puedo tener un amor sublime en tierra?  
 ¿Por qué ir a por peces, cuando puedo hallar  
 gacelas libres por todos lados?  
 Déjame en paz; no me culpes  
 por escoger en la vida  
 el camino que tú has rechazado  
 y que seguiré hasta el día de mi muerte.  
 ¿Acaso ignoras que el Libro Sagrado  
 sentencia el asunto de una vez por todas?  
 Preferirás a tus hijos, dice,  
 antes que a tus hijas.*

—¡Magnífico! —exclamó Fátima, mientras aplaudía con entusiasmo—. Siempre se puede confiar en la genialidad de Abu Nawas para entretenerse. ¿Quién habría pensado que un morador del desierto sabría citar al poeta de la ciudad? Estoy impresionada. ¿No lo estás tú también, mi querido Yawad?

—¿De verdad dice el Libro Sagrado que un hombre debería preferir a sus hijos antes que a sus hijas?

—En asuntos de herencia, hijo mío, pero el poeta se ha tomado algunas libertades. Vamos, trovador. Recítanos más.

*Ya no deseo surcar el mar,  
 prefiero cruzar las llanuras  
 y buscar la comida que envía Dios  
 a todos los seres vivos.*

—Una delicia —dijo Fátima—. ¡Qué maravilloso y procaz fue ese poeta de Bagdad! Me habría encantado disfrutar de la oportunidad de compartir una botella de vino con Abu Nawas y competir con su ingenio. ¿No te ha parecido una maravilla, Yawad?

—Desde luego que sí —repuso Yawad—. También yo estoy muy impresionado. Mi pretendiente es culto y sensible, pero su poesía solo muestra su preferencia por una determinada clase de amor. El hecho de que le gusten los chicos no le hace más deseable a mis ojos. Solo significa que tiene buen gusto. Su poesía es entretenida, pero no conmueve a este oyente. Esta noche tampoco me siento seducido, sino fatigado.

—Unas palabras ciertas y sabias. Esta noche nos han distraído, pero no seducido. Esperemos que la tentación aumente mañana. Buenas noches a todos.

La tercera noche Jayal llenó de vino la copa de Yawad y se puso en pie delante de su público.

—Soy un bajel cargado de arrepentimiento. Perdonadme, os lo ruego. Permitidme que empiece de nuevo.

—No hay nada que perdonar —dijo Yawad.

—Por favor —dijo Fátima—, regálanos otra muestra de seducción. Estamos aquí, cual tierra reseca que aguarda a la tormenta inminente. Mitiga nuestra sed, por favor. Te lo ruego. Empieza.

—Comparezco ante vosotros con toda mi humildad —comenzó Jayal—, un hombre antaño orgulloso y ahora degradado por el amor. —Hundió los hombros—. Tal vez en este momento no parezca gran cosa, pero las apariencias pueden engañar. —Su voz subió de tono—. La cubierta no se corresponde con el contenido del libro.

»En primer lugar soy un guerrero. He luchado en el ejército de Dios. Desde las costas del monte Líbano hasta las colinas de Tierra Santa, cientos de cabezas de infieles han sucumbido a la fuerza de mi espada. He matado a papistas en Occidente, a bizantinos en el norte y a mongoles en el este. Mi lanza no conoció la piedad a la hora de defender nuestras tierras. Soy temido en todos los rincones del mundo. Los europeos

invocan mi nombre para atemorizar a los niños. El valor es mi compañero; el honor monta ante mí y la lealtad a mi lado. Mi espada es rápida, mi lanza certera. Soy la respuesta a las plegarias de cualquier califa.

—Bien dicho —exclamó Fátima—. Se aprecia la influencia de al-Mutanabbi.

—¿Quién es? —preguntó Yawad.

—Te lo contaré dentro de un ratito, querido. Dejemos proseguir a nuestro seductor. Estoy segura de que aún no ha terminado.

—Desde la cima de una colina observé cómo los barcos enemigos anclaban sus naves en nuestras costas. Quedaron empapados por dos veces, primero por nubes trenzadas de blanco que descargaron su agua sobre ellos anunciando mi llegada; luego llovieron cráneos. Cabalgué sobre mi corcel a toda velocidad, vi acercarse al enemigo como si montara sobre caballos cojos. No distinguía sus espadas, porque sus ropas y turbantes estaban hechos de acero. Los atacé a pesar de que eso implicaba una muerte cierta, como si el infierno fuera el corazón que bombeara mi sangre. Héroe y guerreros cayeron a mis pies mientras yo seguía incólume, con la espada húmeda y desenvainada. Victorioso, me uní a mis hermanos, cuyos rostros resplandecían extasiados, iluminados por sonrisas de alegría. Los extranjeros no tenían experiencia en el color rojo. Yo lo pinté para ellos. Bendita sea la guerra, la gloria y la eminencia. Bendito sea mi público por concederme el honor de presentarme ante él.

—Y bendito seas tú por compartirlo —dijo Fátima.

—Me siento honrado —dijo Yawad— y agradecido de hallarme en tu presencia. Pero dime, ¿quién es este al-Mutanabbi?

Fátima apuró la copa de vino. Mantuvo la cabeza inclinada hacia atrás por un instante. Extendió la copa y Yawad la llenó. Luego recitó:

*Soy aquel cuyas letras eran vistas por los ciegos  
y cuyas palabras eran oídas por los sordos.*

Se paró, sonrió a Yawad y dio otro sorbo.

—Al-Mutanabbi fue el mayor poeta en lengua árabe, pero, lo que es

aún más importante, es mi favorito. Fue dotado con el inquietante don de una imaginación rebotante de asombrosas metáforas. Sufrió mucho en esta vida, ya que nació aquejado de dos graves enfermedades: ser pobre y árabe. Llegó al mundo a principios del siglo X, en Kufa, al sur de Bagdad. Empezó a recitar poesía de exquisita belleza, que nadie había oído antes ni ha vuelto a oír desde entonces. Afirmaba que era el propio Dios quien inspiraba sus poemas. De ahí su nombre, al-Mutanabbi: el que afirma ser profeta.

—Vanidad —dijo Yawad.

—Cierto —convino Fátima—. A los dieciocho años fue encarcelado y torturado por hereje. Cuando quedó en libertad, unos años después, se encontró de nuevo sin dinero, sin poder y sin hogar: el poeta del eterno exilio. Lo único que tenía para vender eran sus palabras, y estaba deseoso de hacerlo. Pero ¿quién querría comprarlas? La mayoría de las ciudades estaban gobernadas no por árabes sino por musulmanes, cuya lengua materna no era el árabe. Dichos príncipes, a quienes él quería alabar, no acababan de comprender sus palabras. Así pues, al-Mutanabbi, lleno de orgullo y de arrogancia, se unió al único gobernante árabe de la zona: Sayl al-Dawlah, el joven príncipe de Alepo, que se estaba labrando una gran reputación por proteger las fronteras del norte frente al malvado imperio bizantino.

»Y al-Mutanabbi luchó al lado del príncipe y lo alabó, inmortalizándolo en versos tan elocuentes que se dice que las rosas se marchitaban de vergüenza al no poder competir con su belleza.

»Pero entonces al-Mutanabbi descubrió que tenía un problema. Como tantos príncipes árabes a lo largo de la historia, el joven príncipe se creía también un poeta. Empezó a componer poemas pueriles alabándose a sí mismo y menospreciando a los del gran poeta. Y al-Mutanabbi no podía replicar.

—En eso consiste exactamente ser un criado —apuntó Yawad.

—La situación no mejoró —prosiguió Fátima—. Al-Mutanabbi cambió Alepo por El Cairo y se unió a un gobernante distinto, un rey llamado Kafur. El rey prometió al poeta que le cedería una provincia si

cantaba sus hazañas. Pero Kafur no cumplió su promesa. Su visir, un hombre listo que supo reconocer el genio del poeta, advirtió al rey que si se desdecía de su palabra pasaría a la historia como el hazmerreír de los gobernantes. Y se sabe que el rey replicó: «¿Quieres que ceda una provincia a este poeta ávido de poder? Un hombre que presume de que su inspiración proviene del profeta Mahoma, ¿no reclamará un reino cuando falte Kafur?».

»Y al-Mutanabbi abandonó la corte de Kafur y se burló de él, inmortalizándolo en versos tan mordaces que se dice que las serpientes se ocultaban bajo piedras ante el horror de no poder competir con su veneno.

»Deambuló hasta llegar a Shiraz, en Persia, donde se unió a Adud al-Dawlah; pero este gobernante también se mostró incapaz de satisfacer las necesidades del poeta. Así que el poeta intentó volver a Irak, pero fue asaltado y asesinado por unos bandoleros cuando iba de camino. Fue el hombre que en sus inicios dijo:

*Me conocen los sementales, y la noche, y el desierto,  
y la espada, y la lanza, y el papel, y el lápiz.*

»Pero que antes de su muerte tuvo que decir:

*No soy más que una flecha, disparada al aire,  
que desciende de nuevo, sin dar en el blanco.*

»Y fue asesinado justo al norte de Bagdad, donde todos los poetas van a morir.



Mi tía tenía el aspecto de quien espera un enema de bario. Su cuerpo frágil no acababa de encajar en la silla y sus ojos no se quedaban quietos ni un momento. Dada su edad y su mala salud, su inquietud se exhibía de

forma errática, como a cámara lenta. Abrió el bolso y sus huesudos dedos sacaron un cigarrillo.

—¿Qué te pasa, Samia? —preguntó mi padre—. Sabes que aquí no se puede fumar. Cualquiera diría que es la primera vez que pisas un hospital.

—Solo estoy preocupada por ti. —Hablabla despacio, tomando aire. Su forma de hablar había sufrido un cambio drástico desde el último ataque leve—. Temo que me estáis ocultando algo. Hablad claro, decidme lo peor. —Devolvió el cigarrillo a la cajetilla, aplastándolo contra el fondo—. Tengo el corazón débil, pero podrá resistir cualquier noticia si se trata del único hermano que me queda vivo. —Lina seguía intentando captar mi atención—. No me ocultéis nada.

Lina enarcó las cejas y esbozó una sonrisa de complicidad.

—Es como si ya no formara parte de esta familia solo porque soy vieja. —Lina coreó con los labios la misma frase que dijo mi tía en voz alta—: Nadie me cuenta nada.

—No hay nada que contar —dijo mi padre—. Estoy bien.

Me levanté para que mi tía no me viera reírme.

—Creo que será mejor que vaya a la sala de espera. Me parece que no se admiten más de dos visitas a la vez en esta zona del hospital. Me sorprende que la enfermera de guardia no haya protestado.

—Quédate. —Mi hermana levantó la mano, cual guardia de frontera que detiene a un inmigrante resuelto a cruzar—. Tu tía está aquí para verte a ti tanto como a tu padre. Vuelve a sentarte y cuéntale en qué has andado metido desde la última vez que os visteis.

Mi tía parecía asombrada, por no decir hechizada.

—Estoy segura de que a tu tía le encantará que le cuentes tu vida. Dile cómo es trabajar de programador informático en la gran ciudad de Los Angeles.

Cuando yo era pequeño mi tía solía decir que sería la primera de los cinco hermanos en morir. Había expresado ese convencimiento a sus hijos, a otros miembros de la familia y a simples extraños. «Limítate a hacer lo que te digo», me decía cuando yo tenía siete años. «Seré la prime-

ra en morir y te arrepentirás de haberme ofendido.» Era la mayor de los cinco, nacida en 1920, y ya en su juventud llevó la enfermedad como si fuera un chal áspero y hortería sobre los hombros. Dejó de decir que sería la primera hace treinta años, cuando murió el tío Wayih.

—¿Cuántos tranquilizantes te has tomado? —preguntó Lina a mi tía.

—Te veo un poco más gorda, ¿no? —replicó la tía Samia.

Los ojos de mi tía parecían a punto de salirse de las órbitas. De repente sus labios y la piel que los rodeaba parecieron haber sufrido el empuje de un ejército de mil arrugas. El ruido del vestíbulo recordaba al de un batallón del ejército, una brigada policial en plena persecución de un delincuente. El bey entró en la habitación, seguido por un rebaño de trajes. Cabe pensar que en el año 2003, en el Beirut posfeudal, los jefes de clan y los nobles con título no tenían demasiada utilidad, pero en nuestro mundo las tradiciones se resisten a desaparecer. El bey ya no recaudaba impuestos, tributos o derechos, pero seguía reclamando favores y lealtades. Aunque esta última encarnación del bey tenía treinta años, parecía un chico de diecisiete enfundado en el traje favorito de su padre. Deshaciéndose en sonrisas, intentaba mostrarse oficial e informal a la vez. Nos saludó a todos sin demasiado interés: sus ojos no se apartaban de mi padre; sin embargo fue mi primo Hafez, uno de los miembros del séquito del bey, quien llamó la atención de este.

Fátima, furiosa y amenazadora, entró tras ellos como una víbora. El séquito debía de haber cruzado la sala de espera a toda prisa; si no, ella los habría detenido.

—¿Cómo te encuentras, querido tío? —dijo el bey.

Mi padre no contestó. Mi hermana sí, y en voz bien alta.

—¿Cómo habéis entrado todos aquí? No podemos tener tantas visitas. Hay reglas.

Todos dejaron de moverse. Incluso el aire parecía sudar. Un par de hombres carraspearon.

—No pasa nada, Lina —dijo Hafez. De sus labios escapó una risa

nerviosa—. El guardia no nos denunciará. Estamos aquí porque nos preocupamos por mi tío.

Era pocas semanas mayor que yo, pero conservaba unos rasgos infantiles.

—Entonces preocupaos de él desde fuera, en la sala de espera. El guardia no debió dejaros entrar. Solo se permiten dos visitas a la vez.

Todos los hombres la miraron. Las manos de Hafez se apartaron de sus costados y, temblorosas, subieron y bajaron. Sus ojos eran como los de una presa a punto de ser devorada.

—Estás exagerando, prima. No nos quedaremos mucho rato. Estoy seguro de que mi tío se alegra de tener al bey aquí. —Miró a mi padre en busca de apoyo.

—Solo dos visitantes. El resto que me siga a la sala de espera.

Con la ayuda de Fátima, Lina dirigió a la azorada multitud hacia la puerta. Fátima llegó a sacar a uno de los hombres de un empujón.

—Ven conmigo —dijo mi hermana a mi tía—. Ayúdame a ser una buena anfitriona. Y tú también, Hafez. A menos que desees ser uno de los dos que se quede. Solo dos. El resto tiene que salir.

—Pero yo no soy una simple visita —protestó Hafez con voz quejicosa—. Soy de la familia.

Lina se volvió hacia mí.

—Quédate. —Se me acercó, se agachó para coger el bolso y me habló en voz baja, para que nadie más la oyera—. Asegúrate de que no se emociona ni se pone nervioso. Y si el bey vuelve a pedir dinero, sal a buscarme.

Mi tía seguía sentada, sin acabar de entender qué estaba pasando. Lina la ayudó a levantarse.

—¿Por qué me voy? —preguntó mi tía.

—Necesito tu mala leche —replicó Lina.



La cuarta noche, una vez montadas las tiendas, Jayal empezó:

—Soy poeta. Con tres años, ya era capaz de asombrar a cuantos eran

testigos de la elocuencia con que manejaba nuestro ilustre idioma. Aprendí a leer y a escribir. Memorice a los grandes, a los mediocres y a los muy malos. He ganado más guerras de poesía en los países sirios que cualquier otro contendiente. Sé panegíricos, sé poemas de amor. Puedo recitar el *Mu allaqat* entero, las quasidas. Estoy familiarizado con los poemas *ghazal* y con las *jamriyas*, las canciones de Baco.

—Esta noche el poeta se nos ha puesto jactancioso —dijo Fátima—. ¡Qué encanto!

—Me inspira respeto. Pero aún no me ha seducido —dijo Yawad.

—Soy un gran amante. Desde Bagdad hasta Túnez los chicos me recuerdan en sus sueños. Soy aquel cuyas hazañas son recordadas con cariño por todos los chicos, sin que importe cuántos me hayan sucedido en sus lechos. Soy aquel que ha dejado a su paso un rastro de conquistas más largo que el propio río Nilo.

—Baladronadas y fuegos artificiales —aplaudió Fátima—. Todos los poetas necesitan un poco de exhibición.

—No encuentro lo que dice especialmente tentador —dijo Yawad—. Valoro la técnica, pero mi alma sigue fría.

Y en la quinta noche, Jayal dijo:

—Os ruego que me perdonéis. Lo he hecho todo mal. Os imploro que olvidéis lo sucedido hasta ahora y que me permitáis empezar de nuevo.

—Sigue, por favor —dijo Yawad.

—Tus disculpas no son necesarias —añadió Fátima—. Tal vez no hayas seducido al muchacho, pero no cabe duda de que nos has distraído en este largo viaje, y te estamos agradecidos por ello. Procede.

Y Jayal empezó:

*Mi amor por ti, Yawad,  
no provoca en mí salud ni alegría,  
eres la luna que ha tomado  
la forma de un chico.*

—Vaya, qué maravilla —alabó Fátima—. Hemos vuelto a Abu Nawas. Vamos a disfrutar de una velada de poemas de amor. Te gustará, Yawad.

*En tu rostro se aprecia un vello tan leve  
que podría ser llevado por la brisa, o por un aliento;  
suave como la flor del membrillo que  
podría morir bajo el roce de un dedo.  
Con cinco besos tu rostro queda limpio  
mientras en el mío ha crecido la barba.*

—Ah —suspiró Fátima—, eso debe de ser latín.

—Me ha gustado —dijo Yawad—, pero el hecho de que mi pretendiente me encuentre bello, ¿implica obligatoriamente que deba gustarme? Esta forma de poesía resulta halagadora, deliciosa, pero mi alma sigue intacta. Solo sirve para aumentar mi añoranza por lo inefable.

—Tu nombre significa «caballo». El mío, «jinete». Estamos hechos para cabalgar juntos. ¿No lo ves?

—Lo que veo es que no me has seducido. Mi corazón no tiembla.



—Tu hija es una mujer fuerte —dijo el bey. Al hablar se le movía el bigote, trazando una línea paralela con sus espesas cejas. Arrastró una silla hasta colocarla más cerca de la cama del enfermo.

Mi padre se negó a mirarlo y mantuvo la vista puesta en Hafez, que se esforzaba por permanecer inmóvil y parecía incapaz de controlar sus nervios: estaba como en medio de dos supervisores enfrentados. Mi padre seguía todos sus movimientos con la mirada teñida de disgusto. El padre de mi padre había trabajado para sucesivos beys, quienes lo habían tratado como a un criado más. Creo que mi padre nunca se lo perdonó, y por tanto iba a necesitar tiempo para perdonar a Hafez por haberse convertido en un lameculos por voluntad propia.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó mi padre—. ¿Por qué no viniste en cuanto te enteraste de que me habían ingresado?

—No ha sido culpa suya, tío —dijo el bey con voz afectada—. Yo quería venir a verlo y quería que él me acompañara. Pero he andado ocupado, como usted puede imaginar. No le eche la culpa a su sobrino. Y ahora, por favor, hábleme de su salud. ¿Se encuentra mejor?

—Así que no podías venir sin tu amo —dijo mi padre a Hafez.

—He llamado a Lina todos los días —dijo Hafez en voz baja, con la cabeza gacha, como si le estuviera hablando al suelo. Su corbata se dobló sobre sí misma, apenada.

—Pero ¿cómo se encuentra? —preguntó el bey.

Lina asomó la cabeza en el cuarto.

—Tu madre pregunta por ti, Hafez —dijo en tono seco, y obsequió al bey con una mirada dura. Mi padre la miró con ojos suplicantes—. Volvemos enseguida —le aclaró ella. Y, dirigiéndose a Hafez, añadió—: Ya.

Yo sabía que debía quedarme junto a mi padre, pero no podía soportarlo. Los seguí al exterior.

La tía Samia estaba nerviosa y le costaba respirar. Sus problemas respiratorios enmascaraban su verdadera preocupación.

—¿Mi hermano está ofendiendo al bey?

—Ah, el ilustre bey, el padre de todo —dije.

Hafez cogió la mano de su madre y me miró a la cara.

—Eres tan americano —dijo—. ¿Cómo será que te pasas la mayor parte del tiempo callado, pero en cuanto abres la boca lo único que consigues sea irritar a la gente?

—Vete a la mierda, Hafez —susurró Lina—. Si hay alguien que no tiene derecho a usar la palabra «irritante», ese eres tú, mierdecilla.

—¿Por qué siempre recurrimos al insulto? —preguntó la tía Samia, sin dirigirse a nadie en particular—. Es culpa de mi padre. Menuda lengua tenía. Mierda, mierda... era lo único que sabía decir.

Hafez no le hizo el menor caso.

—Lo que quería decir es que siempre parece criticarlo todo. Mira, Osama, tú sabes que te quiero. Lo sabes. Pero siempre lo desapuebas todo. Da la impresión de que te sientes superior a nosotros.

Respiré hondo y traté de que mi voz sonara arrepentida y controlada.

—A partir de ahora pensaré dos veces las cosas antes de decirlas.

Lina me cogió del brazo y me apartó del grupo.

—Camina. —Pasamos delante del guardia y seguimos pasillo abajo—. Habla.

—Estoy bien. Lo que me saca de quicio es ese rollo de «te has convertido en americano». Es lo que dicen todos en lugar de «eres un cabrón». Podrían ser más sinceros y reconocer que me odian.

Mi hermana se echó a reír.

—Cariño, eres un cielo. Ellos no te odian. —Inicié el regreso hacia la habitación, como una gallina clueca que supiera, por instinto, que había estado alejada de sus polluelos durante demasiado tiempo—. Es a mí a quien odian. Tú no eres tan importante. —Se rió—. Has vivido en América durante veinticinco años, ¿en qué se suponía que debías convertirte? ¿En un orangután? Lo único que dicen es que eres distinto.

—Ya era distinto antes de irme. Y tú también.

—Por supuesto. A mí me llaman loca. A mi madre la llamaban puta. Tú eres solo el americano, no te quejes.



Y la sexta noche, Jayal dijo:

—Mi amor. Estamos a solo un día de nuestro destino. Temo que me queda poco tiempo, y lamento todo el que he malgastado. Al parecer no poseo la habilidad de conquistarte, ni talento alguno para la seducción. Deja que intente convencerte a través de la historia del poeta y Aslam.

—Me encantan las historias.

—Se trata de un relato conocido, que he leído en el tratado sobre el amor de Ibn Hazm, *El collar de la paloma*. En las tierras árabes de Anda-

lucía vivió un literato, Ahmad ben Kulaib al-Nahawi, un poeta de gran talla, famoso por su verso y sobre todo por sus poemas sobre Aslam, el chico cuyo nombre significa «rendición». Estudiantes de toda Córdoba iban a casa de al-Nahawi a estudiar con él. El chico era uno de sus alumnos. Era bello, refinado, culto, entusiasta y lleno de talento. El maestro se enamoró del pupilo, y la paciencia no tardó en desertar de aquel hombre antaño estoico. Empezó a recitarle poemas de amor. Se desataron los rumores. Sus ingeniosos versos de rendición a Aslam se repetían en las reuniones que tenían lugar en la ciudad roja.

»Cuando Aslam se enteró de los cotilleos, dejó de visitar a su mentor, desapareció de todas las clases. Se confinó en su casa y en su pórtico. El maestro dejó de enseñar, no hacía otra cosa que pasear por delante de la casa de Aslam, con la esperanza de entrever a su amado. Sus pasos levantaban polvo todos los días, polvo que solo volvía al suelo por la noche. Aslam dejó de asomarse a la puerta durante el día. Solo después de las plegarias vespertinas, cuando la oscuridad se apoderaba de la luz de la tarde tiñéndola de negro, Aslam se aventuraba a llegar hasta la puerta para respirar un poco de aire fresco.

»Al comprender que sus ojos no podían contemplar ya esa belleza, el poeta recurrió al engaño. Una tarde cogió la vestimenta de un campesino, se cubrió la cabeza como hacían ellos, y con unos pollos en una mano y una cesta con huevos en la otra se acercó a Aslam y le dijo:

»—He venido hasta ti, mi señor, para entregaros estos alimentos.

»—¿Y quién eres? —preguntó Aslam.

»—Soy vuestro criado, mi señor. Trabajo para vos en la granja.

»Aslam invitó al hombre a entrar en su casa, le ofreció una taza de té e hizo que sus esclavos se llevaran los pollos y los huevos a la cocina. Preguntó al poeta si la granja marchaba bien. El poeta replicó que sí. Pero cuando Aslam empezó a hacer preguntas sobre los granjeros y sus familias, el poeta no supo qué contestar.

»Y Aslam se percató del disfraz.

»—Oh, hermano —exclamó el joven—. ¿No tienes vergüenza? ¿No tienes compasión? Ya no puedo asistir a clase. Llevo mucho tiempo sin

salir de casa. ¿No te basta con que no pueda sentarme en mi propio pórtico a la luz del día? Me has quitado todo lo que me complacía. Me has convertido en un prisionero en la cárcel de tu obsesión. Juro por Dios que nunca abandonaré el santuario de mi casa; ni de día ni de noche saldré al pórtico.

»El poeta convocó a sus amigos y les confesó todo lo que había pasado.

»Sus amigos preguntaron:

»—¿Has perdido los pollos y los huevos?

»La desesperación se abatió sobre el pobre poeta postrándolo en cama, enfermo. Un amigo, Mohamed ben al-Hassan, fue a visitarlo y lo halló débil y macilento.

»—¿Por qué no te trata un médico?

»—Mi cura no es ningún misterio, y ningún doctor puede sanarme.

»—¿Y cuál es ese remedio?

»—Volver a ver a Aslam.

»En el corazón de Mohamed nació la compasión. Fue a ver a Aslam, quien le recibió como haría cualquier anfitrión educado. Servido el té, el amigo del poeta dijo:

»—Debo pedirte un favor. Se trata de Ahmad ben Kulaib al-Nahawi.

»—Ese hombre me ha arrastrado por el lodo, me ha convertido en objeto de chistes procaces. Ha mancillado mi nombre, mi reputación y mi respeto.

»—Lo comprendo, pero permite que el Todopoderoso sea el juez definitivo. Le perdonarías si vieras el estado en que se encuentra. Ese hombre se está muriendo. Tu visita sería un acto de caridad.

»—Por Dios, no puedo hacerlo. No me lo pidas.

»—Debo pedirte. No temas por tu reputación. Lo único que harás será visitar a un enfermo.

»Aslam se negó una y otra vez, pero el amigo no cejó en su empeño, invocando a su honor, hasta que Aslam consintió.

»—Vayamos, pues —dijo el amigo.

»—No. Me siento incapaz de hacerlo hoy. Mañana.

»Mohamed le arrancó la promesa y le dejó para volver a casa del poeta. Cuando le comunicó la visita que recibiría al día siguiente, la luz volvió a los ojos de su amigo.

»Al día siguiente Mohamed regresó a casa de Aslam.

»—Cumple con tu promesa —dijo cuando hubo saludado a su anfitrión. Y partieron en dirección a la casa del poeta. Pero cuando llegaron a la puerta, Aslam se paró, y con el rostro arrebolado balbuceó:

»—No puedo. Soy incapaz de dar un paso más. He llegado hasta la casa, pero no puedo entrar. —Y, raudo como un caballo de carreras, huyó.

»El amigo corrió tras él y agarró a Aslam de la capa. Aslam siguió huyendo, y Mohamed se quedó con un trozo de tela en la mano.

»Uno de los criados del poeta había visto acercarse a los invitados y había informado de ello a su señor, de manera que cuando Mohamed entró en la casa solo, el poeta sufrió una gran decepción. Rasgó el trozo de tela. Insultó a Mohamed, maldijo al mundo, abjuró del destino, gritó de ira y lloró de pena. Su amigo se dispuso a marcharse, pero el poeta lo cogió de la muñeca.

»—Ve con él —dijo el poeta—. Y dile esto:

*Rendición, oh mi amor,  
de los enfermos, apiádate.  
Mi corazón anhela tu visita  
más que la propia compasión de Dios.*

»—¡No te apartes de la fe! —le reprendió Mohamed—. ¿A qué viene esta blasfemia?

»Dejó al poeta sumido en el enojo, pero apenas había salido a la calle cuando oyó los gritos de duelo. El poeta, Ahmad ben Kulaib al-Nahawi, había muerto con los dedos aferrados al trozo de lana.

»Y esto es verdad: años después, en un día gris y lluvioso, cuando solo los fantasmas y los yinns pueden andar sin protección, el guarda del

cementerio reconoció a Aslam, que ya se había convertido en un gran poeta, sentado frente a la tumba de Ahmad ben Kulaib al-Nahawi: le presentaba sus respetos; visitaba al difunto, empapado hasta la médula. La lluvia surcaba su cara como si fueran lágrimas.

Fátima también tenía lágrimas en los ojos.

—Es una historia triste —dijo ella.

—Me dan pena los poetas —dijo Yawad—. Me duele el corazón. Estoy conmovido. —Yawad miró con tristeza a sus compañeros—. Pero no seducido.



El bey hablaba de temas intrascendentes, de trivialidades, y mi padre le respondía a base de monosílabos y gruñidos. La entrada de mi sobrina acompañada de una enfermera salvó la situación. Yo era consciente de que Salwa despreciaba al bey y todas las tradiciones que él representaba, pero a juzgar por la mirada que le brindó, el bey podría haberla tomado por una aliada. En su avanzado estado de gestación, con el cabello negro formando un halo en torno a su beatífica cara de madre en ciernes, Salwa anunció que debían extraerle sangre a mi padre. La enfermera asintió. Advertí que no llevaba jeringuilla, ni aguja, ni tubo alguno. Mi padre cerró los ojos: o bien era incapaz de disimular su alivio, o le importaba un rábano hacerlo.

Acompañé al bey hasta el ascensor y cuando pasamos por delante de la sala de espera todos sus acólitos se apresuraron a seguirlo. Se abrieron las puertas del ascensor, pero él no entró. Por fin se decidió a hablar conmigo.

—Tu padre es un buen hombre. —Quería aparentar madurez, algo que le resultaba difícil porque parecía una marioneta—. Deberías estar orgulloso de él.

Lo miré. Uno de sus hombres mantenía abierta la puerta del ascensor. En él había al menos seis personas más, pero nadie se quejó.

—También deberías estar orgulloso de tu abuelo —prosiguió. Noté que los ojos de todos estaban puestos en mí. La puerta del ascensor se-

guía empeñada en cerrarse—. Siempre me has caído bien. Podrías venir a verme.

Subió al ascensor y desapareció detrás de las puertas. Contemplé el hueco que había dejado.

—¿Por qué tiene que ser tu padre tan grosero? —dijo Hafez. Sostenía a su madre, como si fuera su bastón—. ¿Acaso le haría algún daño mostrarse amable con el bey? El bey lo ama, siempre habla de él en términos elogiosos. Le debemos mucho. No se merece ese trato.

Hafez era el primo más próximo en edad a mí, y la familia había dado por sentado que teníamos tantas cosas en común que acabaríamos convirtiéndonos en almas gemelas. Lo cierto es que acabamos siendo diametralmente opuestos. Se suponía que debíamos ser buenos amigos, pero apenas nos soportábamos. Él era uno de ellos; yo, un extraño.

—No hables así de tu tío —le reprendió su madre.

—Es como el abuelo —dijo él—. Tozudo.

Hafez no sabía de qué estaba hablando. Mi abuelo poseía una obstinación totalmente distinta a la de mi padre: esa era la razón por la que apenas se dirigían la palabra. Cada uno de ellos quería que el otro viera el mundo a su manera, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a compartir las gafas. Mientras me daba la vuelta, oí que Hafez decía:

—¿Por qué el tío me trata con tan poco respeto? Cualquiera diría que sus hijos han llegado a algo en la vida.

Tras entrar en la habitación de mi padre, oí la misma comparación. Mi padre estaba furioso y mi hermana intentaba serenarlo.

—Es como su abuelo —rezongaba mi padre—. Un pelotillero, un lameculos imbécil. Como su abuelo. Un hijo de puta.

Ah, el abuelo, el progenitor de este desastre al que llamábamos familia.



Y en la séptima noche, a las puertas de Alejandría, un vencido Jayal se postró de rodillas ante su adorado.

—No tengo nada más que dar, nada excepto a mí mismo. Si quieres abandonarme, partiré antes de que amanezca, pero si tomas mi mano te ofreceré el mismo pacto que Ruth propuso a Noemí: Donde tú vayas yo iré, y donde te quedes yo me quedaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios mi Dios. Donde tú mueras moriré yo, y allí será enterrado.

Y Yawad cogió la mano de Jayal.